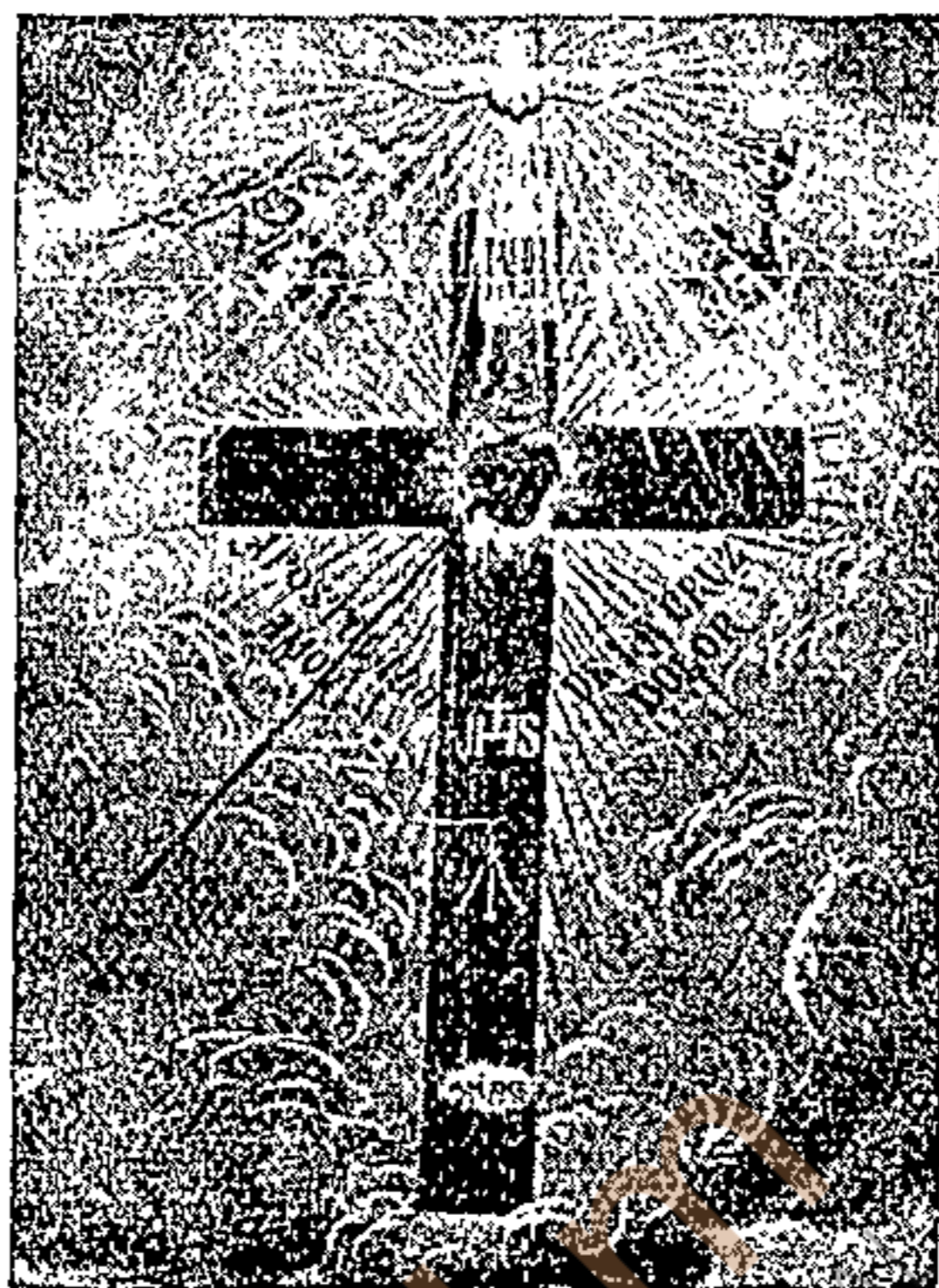


EL APOSTOLADO DE LA CRUZ



PROSPECTO

LA obra extraordinaria, maravillosa y divina de la Redención del Mundo, que en obediencia de los Decretos Eternos se realizó en la sangrienta cima del Calvario un día memorable sobre el ara sangrienta de la Cruz, no pudo ni debió localizar sus manifestaciones y sus efectos, poderosos como ella, y como ella infinitos, en un lugar, en un tiempo ni ante una generación aislada: debió envolver todo el universo, toda la Eternidad y todas las criaturas que han formado, forman y han de formar todo el género humano.

Por eso todos los días y en todos los instantes, el sacrificio sangriento del Calvario se reproduce en el sacrificio incruento del altar; por eso todas las generaciones de todos los siglos, desde donde nace el Sol hasta donde el Sol desaparece, recuerdan, y perpetúan, y veneran este grandioso Sacrificio; y por eso en todos los lugares en que las no-

ciones de Dios y de su poder, de Jesucristo y de su amor, de la Redención y de sus misterios, no han sido oscurecidas por las tinieblas del error ni desfiguradas por las aberraciones de la impiedad, se eleva la Cruz; en cuyo torno se agrupan y bajo cuya sombra crecen los seres redimidos, que creen, y esperan, y aman, y por su dicha constituyen la Iglesia de Jesucristo.

La Cruz que al elevarse en el Calvario dejó de ser un patíbulo de infamia para convertirse en un trono de gloria, se santificó por el divino contacto del Hombre-Dios, quien aun después de separado de ella le dejó sus propios méritos y sus gracias sin número; pues al verla, y al confesarla, y al adorarla, los cristianos vemos, y confesamos, y adoramos en ella, al mismo Dios que en ella se inmoló.

Todos los bienes que encierra en sí Jesucristo, quedaron concentrados en la Cruz, como todos los rayos que atra-